

ÚLTIMA LUNA EN LA PIEL

Orlando Chirinos

Caracas. Fundarte. Cuadernos de Difusión / 35. 1979

Pedro Cuartín

Universidad de los Andes-Trujillo



Libro de cuentos, incluye catorce, de efectos compartidos, de visiones terrígenas y de articulaciones melancólicas; si partimos del título la luna ha sido, a lo largo de la historia de la narrativa, símbolo representativo de la femineidad enigmática y del afecto desbordado o sutil.

En el primer cuento (“Pájaro a nadie”) el autor empieza por desarrollar una reflexión sobre la palabra en proceso de construcción. La palabra, como el pájaro, vuela hasta lo desconocido, se guarece en la bruma, en lo que podría existir dentro de un margen, incontrolable, de misterio. Así las cosas, el vocablo oscila entre el límite y el erotismo desbordado para contener un cruce de códigos. Ella, como la mujer amada, se mantiene y se escapa. Se doblega en pliegues, en repliegues y se yergue vertical para anunciar sus huellas quebradizas, para extender la fragmentariedad “...Yo quería gritarle, hacer que regresase, yo quería que usted deshiciese el día, la hora, el minuto anidado en los dos, pero fue inútil. El humo se tragó las cosas y los gestos de aquel lado. Uno tenía la palabra aquí, apuñadita y tibia...” (p 9).

En el segundo cuento (“Última luna en la piel”) incluye la búsqueda del padre quien se sumerge en la vida y en la muerte, quien pervive en La Vela, Coro, Maturuca, Bobare, Santa Cruz, El Banqueo, Uria, entre otros lugares de la costa y de la sierra del Estado Falcón. La búsqueda, ilimitada, permite la elipsis, la suspensión de la tierra, del mar, de los animales porque todo se conduce, como en todos los cuentos, hacia la incertidumbre, hacia la disolución de la permanencia “-Por aquí pasa, dicen, coge la Zamora hacia arriba y se va arañando el barro teñido, la cara se le va desmoronando como si fuera un terrón...” (p 14).

En el cuarto cuento titulado “Torete” aparece “Justina” quien es una suerte de cuarto pródigo, de espacio que provee hedores y olores, que suministra placer y muerte. Por esa razón, Torete muere al final aplastado por un camión. No obstante, al comienzo percibimos la relación erótica entre el personaje y Justina, joven y anciana, quien le venía zumbando, a Orlando Chirinos, desde tiempos inmemoriales y quien aparece, en forma manifiesta o en forma latente, a lo largo de toda su obra “-Torete, Torete- te llamaba de lejos Manuelito, mientras te mostraba con el dedo la casa escondida y ahumada de Justina, y sonreía picaramente, en una invitación zorruna a llegarse hasta las carnes temblonas de la vieja.”

El personaje se traslada a solicitar trabajo en las petroleras, y empieza a declinar, empieza a buscarse y no se encuentra y en medio de este maremagnum de tensiones ciudadanas “te resultaban exóticos el aroma del dato maduro y del semeruco, viniendo desde lejos (casi desde el Santa Ana), vueltos líneas sinuosas en el aire tibio coloreado de dividive.” (p 28).

Así pues, los catorce cuentos de Orlando Chirinos que aparecen en este libro son visitados por la realidad de la vida cotidiana, por la magia de la vida más sencilla de una comunidad envuelta por el desconcierto, de una comunidad tejida con el respunte de un margen ficcional de melancolía y de un latido, tal vez inconsciente, de oralidad que hacen de este libro una escritura de la trastierra, una configuración verbal de posibilidades múltiples, de encierros y de libertades, de palabra comprometida con lo desconocido, con lo que siempre nos acompaña y tratamos de mantener alejado, con la colaboradora más entusiasta de la narrativa contemporánea, vale decir, la muerte. Espantada, muchas veces, por el erotismo, por la tendencia a la construcción de la vida porque amor y muerte, día y noche, vida y despeñadero, Eros y Tánatos son inherentes y estos dos extremos, recíprocos y reversibles, deambulan por todos los cuentos aquí incluidos como soportes envolventes del lector y como índices coadyuvantes de notoriedad ficcional.